



Михаил Шолохов
**CAMPOS
ROTURADOS**

Москва

«Campos roturados» o «Tierras roturadas», según la edición, describe la profunda transformación de una aldea «koljoz», evocando los cambios producidos en la agricultura soviética por las granjas colectivas. Los personajes que intervienen están bien definidos, y el entorno está descrito de manera muy concreta, así, la totalidad del ambiente se entiende y Sholojov es capaz de adentrarnos a la vida campesina con una precisión asombrosa.

TOMO 1

Capítulo I

A fines de Enero, al soplo de los primeros vientecillos templados, ¡qué bien huelen los cerezales! A mediodía, en algún lugar en calma —cuando calienta suavemente el sol—, el nostálgico aroma, apenas perceptible, de las cortezas de los cerezos se mezcla con la insípida humedad de la nieve derretida y el poderoso y viejo hálito de la tierra que asoma bajo la nieve, por entre las muertas hojas secas.

La delicada fragancia de múltiples matices se mantiene pertinaz sobre los huertos hasta los atardeceres azules, hasta el instante en que, a través del ramaje desnudo, se perfila, cubierto de suave verdor, el cuerno de la luna, y las hambrientas liebres dejan, esparcidos sobre el niveo manto, los lunares de sus huellas...

Y luego, el viento trae a los huertos, desde los altozanos de la estepa, el aliento sutilísimo del ajeno, tocado por los hielos; se apagan los olores y los sonidos diurnos, y por la artemisa, por los abrojos, por la descolorida grama de las rastrojeras, por los ondulados montículos de los campos labrados, silenciosa, como una loba gris, viene de Oriente la noche, marcando por la estepa el rastro de sus sombras crepusculares.

Una noche de Enero de 1930, por el callejón más cercano a la estepa, llegó al caserío de Gremiachi Log un hombre a caballo. Junto al riachuelo detuvo el cansado bruto, cubierto de rizosa escarcha en los ijares, y echó pie a tierra. Sobre la negrura de los jardines, que se extendían a ambos lados del angosto callejón, y sobre los islotes de los anegados álamos ribereños, se alzaba la luna, alta, en cuar-

to menguante. En el callejón reinaban la oscuridad y el silencio. Allá, al otro lado del riachuelo, aullaba alborotador un perro y amarilleaba una lucecilla. El jinete, dilatando las aletas de la nariz, aspiró con ansia el helado aire, quitóse despacio un guante y encendió un cigarrillo; luego, apretó la cincha, metió los dedos bajo el sudadero y, al percibir el lomo ardiente y mojado del caballo, cargó ágil en la silla su corpachón. Empezó a cruzar el riachuelo, de poco caudal, que no se helaba en invierno. El caballo, repiqueteando sordamente con las herraduras en los guijarros que cubrían el fondo, alargó el cuello, sobre la marcha, para beber, pero el jinete le espoleó apremiante, y el animal, lanzando un ronco hipido, saltó a la orilla opuesta, en leve declive.

Al oír rumor de voces y un chirriar de patines de trineo que venían hacia él, el jinete detuvo de nuevo el caballo. Este irguió alerta las orejas en dirección al ruido. El petral de plata y el alto arzón argentado de la silla de cosaco, al caer bajo los rayos de la luna, rebrillaron de pronto en las tinieblas del callejón, con fulgor blanco, hiriente. El jinete tiró sobre el arzón las riendas, echóse precipitadamente sobre la cabeza la capucha cosaca de pelo de camello, que pendía de sus hombros, tapóse bien el rostro y siguió adelante al trote largo de su cabalgadura. Dejando atrás el trineo, continuó al paso, pero sin quitarse la capucha.

Cuando llegaba ya al caserío, le preguntó a una mujer que encontró en su camino:

—Oye tú, comadre, ¿dónde vive aquí Yákov Ostrovnov?

—¿Yákov Lukich?

—El mismo.

—Ahí, tras ese álamo, está su *kurén*^[1]; el del tejado. ¿Lo ve usted?

—Lo veo. Gracias.

Junto al espacioso *kurén* techado con tejas, echó pie a tierra, metió el caballo por el portillo de la empalizada y, golpeando suavemente en la ventana, con el mango de la fusta, llamó:

—¡Eh, amo de la casa! Yákov Lukich, sal un momento.

Sin gorro, la chaqueta sobre los hombros, el dueño salió a la cubierta terracilla. Luego de examinar atentamente al recién llegado, bajó los escalones.

—¿Quién es? ¿Qué vientos le traen por aquí? —inquirió, sonriendo bajo el bigote cano.

—¿No me conoces, Lukich? Permíteme pasar la noche en tu casa. ¿Dónde dejo el caballo a resguardo del frío?

—No, no le conozco, querido camarada. ¿No es usted del Comité Ejecutivo del Distrito? ¿O de la Sección de Agricultura? Algo recuerdo... Su voz me parece conocida...

El forastero, frunciendo en una sonrisa los rasurados labios, echóse hacia atrás la capucha.

—¿Te acuerdas de Pólovtsev?

Y Yákov Lukich, asustado de pronto, miró en derredor, pálido, mientras exclamaba en un susurro:

—¡Excelencia! ¿De dónde viene usted? ¡Señor es-a-ah/[2]!... En seguida alojaremos al caballito... En la cuadra... ¡Cuántos años han pasado!...

—Bueno, bueno, ¡silencio! Sí, ha pasado mucho tiempo... ¿Tienes alguna manta? ¿No hay gente extraña en tu casa?

El recién llegado le dio las riendas al dueño. El caballo, sometiéndose de mala gana al tirón de la mano ajena, alzando mucho la cabeza sobre el estirado cuello y arrastrando cansino las patas traseras, entró en la cuadra. Golpeteó sonoramente con los cascos en la tarima y resopló al olfatear el habitual olor del caballo ajeno. La mano del hombre extraño se posó sobre su testera; los dedos, hábiles y cuidadosos, liberaron las rozadas encías del insípido hierro del bocado, y el bruto, agradecido, inclinóse hacia el heno.

—Le he aflojado la cincha, que siga ensillado; cuando se refresque un poco, le quitaré la silla —dijo el dueño, echando solícito sobre el caballo la gualdrapa, fría ya. Y, al palpar la ensilladura, ya había determinado, por lo tirante que estaba la cincha y por las correas de los estribos, relajadas

hasta el límite, que el huésped venía de muy lejos y había hecho aquel día un largo recorrido.

—¿Tienes algo de grano, Yákov Lukich?

—Unas miajas. Le daremos de beber y un piensecillo. Bueno, vayamos al *kurén*. No sé cómo hay que llamarle ahora... Al modo antiguo, he perdido ya la costumbre y, además, parece que da reparo... —añadió el dueño, sonriendo en la oscuridad con embarazo, aun a sabiendas de que no se veía.

—Llámame por mi nombre y mi patronímico. ¿No los has olvidado? —repuso el huésped, saliendo el primero de la cuadra.

—¡Cómo los iba a olvidar! Juntos pasamos toda la guerra con Alemania, y ésta también... Le he recordado a menudo, Alexandr Anísimovich. Desde que nos separamos en Novorossiisk^[3], no hemos tenido la menor noticia de usted. Yo creía que se había ido en barco, con los cosacos, a Turquía.

Entraron en la bien caldeada cocina. El recién llegado se quitó la capucha y la alba *papaja*^[4], de piel de borrego, dejando al descubierto la recia cabezota angulosa, recubierta de ralos cabellos blanquecinos. Gacha la frente, en declive, lobuna, con grandes entradas, recorrió la estancia de una rápida mirada y, entornando sonriente los ojillos azules claros, que brillaban graves en sus profundas cuencas, saludó con una inclinación a las mujeres —el ama de la casa y la nuera—, que estaban sentadas en un banco.

—¡Buenas noches, mujercitas!

—Dios nos las dé buenas —le respondió moderada el ama de la casa, mirando expectante al marido con muda pregunta: «¿Qué clase de hombre es éste que has traído y cómo hay que tratarle?»

—Servid la cena —ordenó conciso el dueño, invitando al huésped a pasar a la habitación contigua para sentarse a la mesa.

El huésped, en tanto comía la sopa de coles con carne de cerdo, habló, en presencia de las mujeres, del tiempo y de los compañeros del servicio. Su mandíbula inferior, enorme, como tallada en piedra, se movía dificultosa; masticaba despacio, con aire de fatiga, igual que un buey cansino en el lecho de paja. Después de cenar, levantóse, rezó las oraciones ante un icono, adornado con polvorientas flores de papel, y, luego de sacudirse las migajas de la blusa tolstoyana, viejecilla y estrecha en los hombros, dijo:

—¡Gracias por la hospitalidad, Yákov Lukich! Ahora, conversemos un rato.

La nuera y el ama de la casa se apresuraron a retirar la vajilla de la mesa y, obedeciendo al movimiento de cejas del dueño, se fueron a la cocina.

Capítulo II

El Secretario del Comité de Distrito del Partido, hombre miope y de indolentes movimientos, sentóse a la mesa escritorio, miró de soslayo a Davidov —entornando los ojos y contrayendo las abultadas arrugas, como bolsitas, que se extendían bajo ellos— y empezó a leer sus documentos.

Fuera, en la calle, silbaba el viento en los hilos del teléfono; por el lomo de un caballo —atado con el cabestro a la empalizada—, por el mismo espinazo, se paseaba de lado una urraca, picoteando algo. El viento le alzaba la cola y le levantaba el ala, empinándola para volar, pero ella volvía a posarse en el lomo del jamelgo, decrepito, indiferente a todo, y miraba triunfante a derecha e izquierda con su ojillo rapaz. Sobre la *stanitsa*^[5] flotaban bajos unos jirones de nubes. De vez en cuando, por algún claro, caían oblicuos unos rayos de sol iluminando un retazo de cielo —azul, como en verano—, y entonces, un recodo del Don, visible desde la ventana, el bosque, más allá de él, y la lejana altura, con un diminuto molino de viento en el horizonte, adquirían la conmovedora ternura de un dibujo.

—¿De modo que te has retenido en Rostov a causa de una enfermedad? ¡Qué se le va a hacer!... Los otros ocho, de los veinticinco mil^[6], llegaron hace tres días. Se celebró un mitin. Los recibieron los representantes de los koljósos —y el Secretario se mordió los labios, pensativo—. Ahora tenemos una situación especialmente complicada. El porcentaje de colectivización en el distrito es de catorce y ocho décimas. En su mayoría, tenemos SLC^[7]. En cuanto al sector de los kulaks acomodados, aún nos queda una deu-

da en el acopio de grano para el Estado. Necesitamos gente. ¡Nos hace muchísima falta! Los koljósos pidieron cuarenta y tres obreros, y sólo os han enviado a nueve.

Y, por entre los abotagados párpados, miró de un modo nuevo a Davídov, inquiridor, largamente, clavando los ojos en sus pupilas, como si calibre de qué sería capaz aquel hombre.

—¿De modo, querido camarada, que eres mecánico-ajustador? ¡Muy bien! ¿Y hace mucho que trabajas en la Putilov^[8]? Toma, fuma.

—Desde la desmovilización. Nueve años —Davídov tendió la mano hacia el cigarrillo, y el Secretario, al captar con la mirada, junto a la muñeca, un desvaído tatuaje azul, sonrió con las comisuras de sus labios flácidos.

—¿Para ornato y orgullo, verdad? ¿Estuviste en la Flota?

—Sí.

—Ya veo que llevas ahí un ancla...

—Era joven, ¿comprendes?... Y por inexperiencia y necedad, me la hice... —Davídov, con enojo, tiró de la manga hacia abajo, pensando: «Vaya, buena vista tienes para lo que no hace falta. En cambio, lo del acopio de grano para el Estado, ¡se te escapó!».

El Secretario calló y, de pronto, pareció arrancarse del rostro, morbosamente hinchado, la intrascendente sonrisa acogedora.

—Tú, camarada, irás hoy mismo, como delegado del Comité de Distrito del Partido, a realizar la colectivización total. ¿Has leído la última directriz del Comarcal? ¿La conoces? Pues bien, irás al Soviet de la aldea de Gremiachi. Descansarás más tarde, ahora no hay tiempo. Tienes que hacer hincapié en la colectivización cien por cien. Allí hay un artel enano, y nosotros tenemos que crear koljósos gigantes. En cuanto organicemos la columna de agitadores, os la mandaremos también allá. Mientras tanto, vete y, a base de reducir a los kulaks con tiento, crea un koljós. Todas las haciendas de los campesinos pobres y medios de-

ben estar en el koljós. Luego, cread también un fondo colectivizado de semillas para toda la superficie de siembra del koljós en el año mil novecientos treinta. Actúa allí con mucho ojo. A los campesinos medios, ¡ni tocarlos! En Gremiachi hay una célula del Partido, de tres comunistas. El Secretario de la célula y el Presidente del Soviet de la aldea son buenos muchachos, antiguos guerrilleros rojos —y después de morderse otra vez los labios, agregó—: con todas las consecuencias que de ello se derivan. ¿Comprendido? Políticamente están poco preparados y pueden cometer pifias. En caso de que surjan dificultades, ven aquí, a la cabeza del distrito. No hay comunicación telefónica, jeso es lo malo! ¡Ah!, otra cosa: el Secretario de la célula de allí está condecorado con la Bandera Roja, es bruscode, muy esquinado y... pincha por todas partes.

El Secretario tamborileó con los dedos en el cierre metálico de la cartera y, al ver que Davídov se levantaba, dijo con viveza:

—Aguarda, quiero advertirte otra cosa más: todos los días, con un correo a caballo, mándame los partes; endereza bien a esos muchachos. Ahora ve a ver al encargado de la sección de organización, ¡y en marcha! Diré que te envíen en un trineo del Comité Ejecutivo del Distrito. Así pues, aumenta la colectivización hasta llegar al cien por cien. Precisamente por el porcentaje calificaremos tu trabajo. Crearemos un koljós gigante, abarcando los diez y ocho soviets de aldea del distrito. ¿Te imaginas? Se llamará el artel agrícola «Putílov Rojo» —y satisfecho de la comparación, se sonrió a sí mismo.

—¿Qué me has dicho respecto al tiento con los kulaks? ¿Cómo hay que interpretar eso? —preguntó Davídov.

—De la siguiente manera —repuso el Secretario, sonriendo protector—: hay el kulak que ha cumplido la tarea de entrega de grano para el Estado, y hay el que no la cumple sistemáticamente. Con el segundo, la cosa está clara: se le aplica el artículo ciento siete^[9], y sanseacabó. En

cuanto al primero, la cuestión es más complicada. ¿Qué harías tú con él, aproximadamente?

Davíдов quedó un momento pensativo.

—Yo le daría una nueva tarea...

—¡Buena salida! No, camarada, así no se va a ninguna parte. De ese modo, se quebrantaría toda confianza en nuestras medidas. ¿Y qué diría entonces el campesino medio? Diría lo siguiente: «¡Ahí tienes lo que es el Poder Soviético! Juega con el mujik». Lenin nos enseñó a tener muy en cuenta el estado de ánimo de los campesinos, y tú me sales con una «segunda tarea». Eso, hermano, es infantilismo.

—¿Infantilismo? —Davíдов se puso cárdeno—. Por lo visto, según tú... Stalin se equivoca, ¿no es eso?

—¿Qué tiene que ver Stalin en este caso?

—¿Has leído su discurso en la conferencia de esos marxistas, ¿cómo se llaman?... Bueno, de los que se ocupan de la cuestión del campo... ¿Cómo se llaman, demonio? Bueno, agrícolas o algo por el estilo...

—¿Agrarios?

—¡Eso, eso es!

—Bien, ¿y qué?

—Píde la «Pravda»^[10] que trae ese discurso.

El administrador trajo la «Pravda». Davíдов rebuscó con ansia, girando los ojos.

El Secretario, sonriendo expectante, le miraba con fijeza a la cara.

—Aquí está. ¿Cómo hay que interpretar esto?... «La expropiación de los kulaks no era posible mientras manteníamos el punto de vista de la reducción...» Bueno, y más adelante... mira lo que dice: «¿Y ahora? Ahora es otra cosa. Ahora tenemos ya la posibilidad de llevar a cabo la ofensiva decisiva contra los kulaks, de romper su resistencia, de liquidarlos como clase...» Como clase, ¿te enteras? Entonces, ¿por qué no se puede darle una segunda tarea respec-

to al grano? ¿Por qué no se puede echarles la zarpa por completo?

El Secretario borróse del rostro la sonrisa y se puso serio.

—Más adelante, se dice ahí que las masas de campesinos pobres y medios que afluyen al koljós expropian a los kulaks. ¿No es así? Lee.

—¡Ay, calamidad!

—Mira, ¡déjate de exclamaciones! —irritóse el Secretario, y hasta le tembló la voz—. ¿Y tú qué es lo que propones? Una sanción administrativa para todos los kulaks sin distinción. Y lo propones en un distrito donde sólo se ha conseguido un catorce por ciento de colectivización y donde los campesinos medios solamente se disponen a ingresar en el koljós. En este asunto se puede estropear todo en un momento. Y viene gente como tú, que no conoce las condiciones locales... —el Secretario se contuvo y prosiguió, ya en voz más baja—: Con tales puntos de vista puedes meter la pata infinidad de veces.

—Eso ya lo veremos...

—¡Estate tranquilo! Si fuese necesaria y oportuna semejante medida, el Comité Comarcal nos ordenaría sin rodeos: «¡Aniquilad al kulak!...» Y nosotros, ¡no faltaría más! Lo haríamos en un dos por tres. Las milicias, todo el aparato estaría a vuestra disposición... Pero por ahora, sólo actuamos parcialmente: a través del tribunal popular, con arreglo al artículo ciento siete, sancionamos al kulak que oculta el grano.

—Entonces, según tú, ¿los braceros, los campesinos pobres y medios están contra la expropiación de los kulaks? ¿A favor de ellos? ¿Hay que conducirlos o no contra los kulaks?

El Secretario chasqueó bruscamente el cierre metálico de la cartera y repuso con sequedad:

—Tu puedes interpretar cada palabra del Jefe como te plazca, pero del distrito responde el Buró del Comité Distri-

tal del Partido, yo personalmente. Procura, allí donde te mandamos, aplicar nuestra línea, y no la inventada por ti. En cuanto a mí, perdona, pero no dispongo de tiempo para discutir contigo. Tengo otras cosas que hacer —y se levantó.

. La sangre volvió a afluir copiosa a las mejillas de Daví-dov, pero éste supo contenerse y replicó:

—Yo aplicaré la línea del Partido, y a ti, camarada, te di-ré en la cara, al modo obrero: tu línea es equivocada, políti-camente injusta, ¡eso es la pura verdad!

—Yo respondo de mis actos, y en cuanto a eso del «mo-do obrero», es tan viejo como...

Sonó el timbre del teléfono. El Secretario agarró el auri-cular. En la habitación empezó a congregarse gente, y Daví-dov se fue a ver al encargado de la sección de organiza-ción.

«Cojea del pie derecho...^[11] ¡Eso es la pura verdad! — pensaba al salir del Comité de Distrito del Partido—. Volve-ré a leer de cabo a rabo el discurso a los agrarios. ¿Será po-sible que yo esté equivocado? ¡No, hermanete, perdona! Pero, con tu tolerancia en cuestiones de fe, has dado rien-da suelta al kulak. Y aun decían en el Comité Comarcal: "es un muchacho capaz"... Sin embargo, los kulaks tienen deu-das de grano. Una cosa es reducirlos, y otra arrancarlos de cuajo como saboteadores. ¿Por qué no conduces a las ma-sas contra ellos?» —continuó la mental discusión con el Se-cretario. Como siempre, los argumentos más convincentes se le ocurrían a posteriori. Allí, en el Comité de Distrito, en su acaloramiento y agitación se había aferrado a la primera objeción que encontrara a mano. Debía haber tenido más calma. Y caminaba quebrando con los pies el hielo de los charcos y tropezando con las boñigas de vaca, endurecidas por el frío, en la plaza del mercado.

—Lástima que hayamos terminado tan pronto; de lo contrario, te habría puesto en un aprieto —afirmó Daví-dov

en voz alta. Y al advertir que una mujer esbozaba una sonrisa al pasar junto a él, calló enojado.

Davídov entró presuroso en la «Casa del Cosaco y del Campesino», tomó su maletín y sonrió al recordar que su equipaje fundamental lo constituían —aparte de dos mudas, unos calcetines y un traje—, destornilladores, alicates, una lima, un cortafrío agudo, un compás de calibres, una llave inglesa y otras herramientas sencillas, de su pertenencia, que había cogido en Leningrado al partir. «¡Maldita la falta que me van a hacer! Creía que tal vez me sirvieran para echar un parche a algún tractorcillo, pero aquí no hay ni tractores. Por consiguiente, tendrás que andar dando tumbos por el distrito, como delegado. Se las regalaré a cualquier herrero koljosiano, ¡que se vayan al cuerno!» —dició, echando en el trineo su maletín.

Los caballos del Comité Ejecutivo del Distrito, bien cebados con avena, tiraban raudos, fácilmente, del gran trineo tabriano^[12] con respaldo pintado de colores chillones. Apenas salieron de la *stanitsa*, Davídov empezó a sentir frío. Se tapó en vano el rostro, levantándose el raído cuello —de piel de cordero— del abrigo y se encasquetó la gorra, pues el viento y la gélida humedad penetraban por el cuello y se metían por las mangas, haciéndole dar tiritones. Sobre todo, se le quedaban helados los pies, calzados con unos zapatos viejecillos de la «Skorojod»^[13].

Desde la *stanitsa* hasta Gremiachi Log hay veintiocho kilómetros de altozano desierto. Por la cumbre del altozano va una senda, parda de la bosta que comienza a deshelar-se. En derredor, hasta donde la vista abarca, se extienden impolutos los campos nevados. Artemisas y cardos borri-queños inclinan lastimeros sus blancas cabezuelas. Tan sólo desde las vertientes de las cañadas, la tierra mira al mundo con sus arcillosos ojazos; la nieve, barrida por el viento, no se mantiene allí; en cambio, cubre hasta arriba las hondo-